

ME encuentro en una gran sala, rodeado por cuatro velas y por grupos de personas vestidas de negro o de oscuro, que me contemplan con gran tristeza.

¡Ah! dentro de mí hay un cadáver.

Soy un cajón de muerto, o elegantemente, un féretro. Pero ¿qué vale en este momento la elegancia y la riqueza para el que porto en mi seno? La persona que aquí yace, hoy hace su último viaje y va al valle de los muertos. Yo soy su más fiel compañero.

No es que quiera presumir, pero describiré mi vestimenta: Luzco un elegante traje gris metálico; mi interior es blanco y está acolchonado con botonadura del mismo color. A mis lados tengo unas agarraderas muy bien chapeadas y sobre mi tapa hay un gran crucifijo. Visto muy bien, a decir de toda la concurrencia soy muy fino y muy bonito, pero a la vez no les gusto.

Según dicen unas gentes, el difunto era muy bueno y agregan con gran pompa: "y que conste que no es porque se haya muerto".

¡Hipócritas! Tan sólo ayer comentaba el artesano que me hizo: "Don Celorio (nombre que en vida llevara el finado) aún no me paga el cajón de su señora, es un droguero, un ratero, un sinvergüenza y un hijo de...".

Qué variable es la gente. Ayer decían una cosa y hoy ya niegan

o cambian lo dicho. Que bueno que soy cajón.

Ahora les platicaré sobre el ambiente que reina en el lugar. Hay un grupo de señoras vestidas de negro, usan un velo del mismo color que les cubre parte de la cara, algunas traen lentes oscuros y todas se lamentan tristemente. Este grupo está en un pequeño sofá, cercano a mí. Tal parece que estas personas son las más allegadas al difunto, junto de ellas hay varios señores, que guardan respetuoso silencio y permanecen estáticos; sus rostros demacrados y alargados denotan su gran pesar.

Más allá; apenas alcanzo a ver, hay una gran humareda. La mayoría de las que se encuentran en ese lugar fuman constantemente y aunque visten de negro no se les nota la menor pena, más bien aprovechan el velorio para charlar sobre las nuevas recetas de cocina y los nuevos chismes del vecindario. ¡Al fin mujeres! ¿Quién las hubiera visto llegar a abrazar a los más cercanos deudos, con lágrimas en los ojos y con la voz entrecortada, que les impedía decir palabra? Ahora no hay quien las pare en su alegre parlotear. Saben ellas que es difícil volver a reunirse y aprovechan la ocasión, esperando a la vez otro "fandango" para volver a hablar.

Al fondo de la habitación están unos jovencitos que ataviados con su traje negro, no pierden el mo-

UN FERETRO OBSERVADOR

mento para platicar de deportes y de vez en vez dar algunas miraditas a las jóvenes que están enfrente. Ellas, también conversan animosamente sobre si el vestido debe ir abajo o arriba de la rodilla. Que si se les ven bien sus botas y sobre algunas otras cosillas.

Pero volviendo con los jóvenes. El trajecito que llevan es su ropa de vestir en bailes y fiestas dominigueras y aprovechando esta muerte desean conocer a alguna joven y por tal motivo lo lucen; ya que terminada su visita se interesarán en alguna muchacha y siendo tan altas horas de la noche, se pondrán muy caballerosos, ofreciéndose para poder acompañarlas a sus respectivas casas. Naturalmente que ellas por no dejar pasar una oportunidad así, aceptarán el cumplido después de resistir un poco.

Pero ¿qué veo? Una hermana del difunto, desde hace rato ha empezado a llevarse algunos cuadros y vasijas de la casa de su hermano. Nada más cruza la calle y ya está sacando cosas de nuevo. Ahora empieza a abrir los cajones, saca los cubiertos, objetos de plata y empieza a saquear la casa; lo único que le hace falta es que a mí también me quiera robar.

Junto a la puerta de entrada está Timoteo, sobrino del enterrador, que el café vino a "gorrear" y comenta con Don Venancio, el tendero: "¡qué buen café; brindo por

la salud de Dn. Celorio!". A lo que contesta el tendero: "lo del café, por mi madre que es muy cierto; pero, que mira, brindar por la salud del difunto. Tú si que estais loco, o ¿se te habrá subido el piquete del cafecillo?"

Junto a la chimenea está Doña Soledad y Doña Catarina, que vinieron a buscar y asegurar la parte de lo que suponen les tocará de herencia.

Hay un constante entrar y salir de la casa. Algunas personas se retiran respetuosamente, sin hacer el menor ruido. Unos señores acaban de entrar, algunos con trajes claros, pero todos con corbata negra, éstos se colocan junto a la escalera y hablan sobre asuntos políticos, el nuevo gabinete, probabilidades y chistes de moda.

Mas, a mi buen entender, yo digo: Este grupo de rufianes viene a acompañar a los deudos nada más de obligación, ya que Don Prisciliano, hermano del muerto, seguirá al frente del negocio y de no ver a estos villanos en tan llorada reunión, de seguro que los corre.

Nada más eso faltaba. Ha llegado Don Alonso, un político olvidado, que apestando de perfume, corrompe toda la casa y quiere saludar a Don Gabriel, eminente político, que en el actual sexenio ha quedado en un gran puesto. La intención de Don Alonso es ver que aprovecha de Don Gabriel y así

presumir que es político con fuerza.

Para acabar de amolarla, unas viudas se desmayan y a fe mía, que es más teatro que desmayo, pues marido pescar piensan.

Pero, esto no termina aquí. Sucede que al otro lado vive una guapa mocita y uno de sus tantos pretendientes ha querido, con esa oportunidad que es don de gentes, traerle serenata y armando gran boruca, con mariachis se coloca bajo el balcón de su amada y lanzando destemplados gritos molesta a los del velorio.

Los de aquí adentro, unos luchan por salir a callar al trovador y otros por unirse a él y seguir la algarabía, pues el silencio les ha aburrido.

Ahora sí, en cierto modo hay paz y quietud, pues los que quedaron son en realidad los más sinceros con el finado Celorio.

Ya me estoy aburriendo y quisiera terminar para poder descansar tranquilo en mi tumba. Esto no me entristece, porque ese es mi trabajo y mi destino lo sé desde que fui creado. Lo que sí me molesta es que me olviden, ya que el epitafio dirá: "Aquí yace Don Celorio, que en vida fuese comerciante honrado. De sus hermanos e hijos, con afecto".

Después de eso nadie me recordará. Enterrado y olvidado mi trabajo concluiré.

